

## LA DIMENSIÓN MÍTICA DE LO HUMANO Y SU IMPRONTA EN LA IDENTIDAD CULTURAL

Raúl Fernando Nader. Universidad Nacional de Tucumán (Argentina)

En la vida del ser humano existen dos hechos, dos realidades a las que éste tiene que aceptarlas como ineludibles, como impuestas y ante las cuales no puede elegir. Son acontecimientos que poseen las características de lo definitivo e inmodificable. Una es el nacer y la otra el morir. Nadie puede nacer en un determinado tiempo, en un determinado lugar, en un determinado grupo, etc, como fruto de una elección propia. De la misma manera, nadie puede elegir no morir, en un caso extremo alguien puede optar por morir de una determinada manera; pero no morir, ser inmortal es un deseo, una ilusión, un sueño que se lo puede observar desde los orígenes de la aventura humana. El hombre se “encuentra” en una existencia, está como arrojado en un mundo, en un universo que lo desborda y trasciende. Se encuentra en una realidad que no comprende, que no conoce y en donde las más de las veces se siente perdido.

Frente a todo este universo, frente a toda esta inmensidad que lo supera y lo angustia, el hombre va a intentar relacionarse, tender puentes e intentar darle algún sentido a esta realidad de diversas maneras. Uno de esos primeros intentos a través del cual el hombre accede al mundo es el mito.

El mito nos dice Gusdorf «está ligado al primer conocimiento que el hombre adquiere de sí mismo y de su contorno; más aún, es la estructura de este conocimiento [...] La conciencia mítica permite construir una envoltura protectora en cuyo interior el hombre encuentra su lugar en el universo»<sup>1</sup>.

Podemos decir, entonces, que el mito constituye un modo originario a través del cual el hombre se instala en la realidad y le confiere sentido. Es un modo de asumir este universo como un cosmos y no como un caos. Es ese primer hilo de unión que el hombre tiende entre su soledad y su angustia con la totalidad que lo circunda. Es un modo de integrar la existencia humana a un ámbito significativo desde el cual es posible conferir un marco de seguridad a la vida.

Por lo dicho, debemos descartar el sentido de mito como leyenda, cuento o mero relato. Podemos comenzar a ver que el mito no es una ficción, sino algo mucho más profundo, más complejo y que puede ser abordado desde distintas perspectivas, ya que es algo que está en contacto y al mismo tiempo señala la intimidad del ser humano, es algo estructural de la condición humana. Para Gusdorf el mito es palabra existencial, es “estructura de conciencia”. «Si el mito puede expresarse en el nivel del lenguaje es, ante todo, “una palabra que circunscribe y fija un acontecimiento” –como

---

<sup>1</sup> Georges Gusdorf; *Mito y metafísica*, Ed. Nova, Buenos.Aires., 1960, p.13.

dice Van der Leeuw- “una forma esencial de orientación, una forma de pensamiento, más aún, una “forma de vida”. Leenhardt, por su parte, insiste sobre la noción de “comportamiento mítico”. Según él, el mito constituye “un elemento primitivo y estructural de la mentalidad” [...] Reencontrado en su contexto vivido, el mito se manifiesta pues, como la forma espontánea del ser en el mundo. No ya como teoría o doctrina, sino como aprehensión de las cosas, de los seres y de sí, conductas y actitudes, como inserción del hombre en la realidad»<sup>2</sup>.

El mito constituye, por tanto, una de las maneras que el hombre posee para instalarse en la realidad, es decir, una forma de relacionarse con la naturaleza, con el universo y desde este ámbito proveer sentido y seguridad a su vida. Esta inserción simbólica que el ser humano produce en el mundo implica una manera de ser y de hacer, de modo que el mito se erige como una de las formas más originarias de hacer cultura y de identificación del hombre con su circunstancia y consigo mismo. Tal vez el mito sea una de las maneras más espontáneas de identidad cultural. Es una expresión simbólica que le permite a un grupo identificarse como tal.

Cada sociedad elabora sus técnicas, su saber acerca de las cosas, su manera de relacionarse entre sí, sus códigos y reglas de juego. Una cultura puede elaborar técnicas refinadas y una ciencia altamente desarrollada, sin embargo, todo esto no resulta suficiente para que una comunidad sobreviva y construya su propia historia. Una sociedad para constituirse necesita elaborar una serie de pilares o núcleos referenciales que cohesionen su vida y estructuren los sucesos cotidianos. Estos núcleos fundamentales tienen la característica de ser simbólicos, es decir, son aquellas cuestiones altamente significativas que alimentan y dan forma a una determinada cultura.

Las estructuras significativas, o complejos simbólicos, conforman el suelo último donde se asienta una sociedad. Constituyen un ámbito de cosas y circunstancias que cohesionan el tejido social y ordenan la vida. Una sociedad se encuentra estructurada en una compleja red significativa donde las diferentes capas y niveles se interrelacionan dinámicamente entre sí. Esto supone tensiones, conflictos, búsqueda de armonía y síntesis.

El hombre, desde el inicio, sintió la imperiosa necesidad de atender a los llamados que surgen desde otros órdenes de lo humano, como los deseos, los sueños, la imaginación, la necesidad de trascendencia, etc. La interioridad de lo humano reclama cierto tipo de alimento que no tiene que ver con lo puramente biológico y natural, aunque, es bueno recordarlo, los límites entre lo cultural y lo natural son bastantes difusos y a menudo, difíciles de señalar.

El mundo cultural que el hombre va construyendo a través del tiempo, se independiza, encuentra sus reglas de juego y adquiere sus propias leyes. Como reflejo del hacer del hombre, este mundo es dinámico y cambiante, es un continuo proceso de crearse y recrearse mutuamente. Por tanto, decir que el hombre construye su mundo es decir que el hombre hace cultura. La cultura, en su más amplio sentido, comprende la suma de las construcciones físicas y espirituales, de los comportamientos, de las diferentes formas de relacionarse con los otros, con la divinidad y con ese universo

---

<sup>2</sup> G. Gusdorf; Op. Cit., p.18.

que él mismo construyó. A través de la cultura, se transforma el mundo y se recrea la vida humana.

Esta 'palabra existencial' con la que caracterizábamos al mito, le permite al hombre no perderse en la inmensidad del universo, salir del caos e instaurar un cosmos que le posibilita no tan sólo darle un sentido a la existencia, sino que fundamentalmente hace posible la existencia humana como tal. El conocimiento mítico nos habla de una mirada intuitiva y totalizadora donde el terrible devenir se organiza en un orden humano, adquiriendo sentido y estructurándose en un cosmos. De esta manera lo humano emerge como un ser abierto y proyectado al infinito.

El mito y la actitud mítica se continúan a lo largo de la historia marcando una constante y una forma de ser propia del hombre. Luis Cencillo nos dice que: «El mito es, ante todo, un producto espontáneo de la formalización cultural del mundo humano, como lo es el arte, la ciencia o los usos sociales, y por lo tanto, no es obra arbitraria de la fantasía ni calculado resorte social de una casta dominante... El mito escapa de la iniciativa individual como escapa el lenguaje [...] Como el hombre y la vida humana no se agotan en la anécdota ni en la mera facticidad del momento, sino que el ser humano ha poseído desde las etapas más arcaicas de su existencia la inquietud imprecisa pero activa y urgente, de trascender sus meras facticidades anecdóticas en constelaciones de sentido y valor, se ha visto impulsado a crear mitos... Dos notas positivas caracterizan al mito; una es la de ser *respuesta* a las cuestiones más profundas y más graves que un grupo humano se plantea. La otra es que es el resultado de intuiciones privilegiadas»<sup>3</sup>.

El mito hoy es un referente de indudable valor, pero este hecho contiene en sí el prestigio y el privilegio de acompañar al hombre desde los orígenes, desde aquellos días donde las cavernas constituían la morada precaria y el seguro refugio contra las bestias. El mito, entonces, emerge como uno de los modos fundamentales con que cuenta el ser humano para instalarse en el mundo. El saber mítico tiene características especiales y únicas. «El mito se convierte en portador de una verdad propia, inalcanzable para la explicación racional del mundo. En vez de ser ridiculizado como mentira de curas o como cuento de viejas, el mito tiene, en relación con la verdad, el valor de ser la voz de un tiempo originario»<sup>4</sup>.

Queda claro luego de estas consideraciones que el mito no es algo que forma parte de una etapa en la evolución humana como algo característico del hombre arcaico, sino que acompaña al hombre en toda su historia estructurándolo como tal, y también que mito y cultura son dos hechos íntimamente relacionados entre sí; de modo tal que podemos afirmar que el mito es una forma de hacer cultura. La cultura aparece como lo que distingue a la especie humana. La mayor parte de las notas que resultan *extra-ordinarias* (lo ordinario es lo propio de su condición biológica) pueden resumirse en la palabra cultura. Este concepto fue siempre una clave para una definición de lo humano.

Por su parte, al concepto de identidad no lo podemos tomar como algo estático, sino que se elabora y constituye en un constante juego que se produce en las estructu-

---

<sup>3</sup> Luis Cencillo; *Mito*, B.A.C., Madrid, p. 7 y 9.

<sup>4</sup> Hans-Georg Gadamer; *Mito y razón*, Paidós, Barcelona, 1997, p.16.

ras más significativas de una cultura. Un grupo humano necesita tener modelos, arquetipos que funcionen como núcleos referenciales, como un horizonte de sentido. Este ámbito paradigmático está impregnado por lo simbólico. Es acá donde la estructura mítica juega un papel preponderante. Sin embargo, no hay que olvidar que todo esto se da en un tiempo y en un espacio determinado, en un contexto que cuenta con su propia historia y que le imprime a la cultura una dinámica y una conflictividad que le es propia. Estos hechos diferencian a un grupo de otro y le permiten elaborar todo aquello que les permite identificarse como tales. La identidad de una cultura también es algo que cuenta su propia historia con su dinámica, sus conflictos y reelaboraciones, puesto que es lo que en última instancia posibilita que una comunidad sobreviva y se supere a sí misma.

Nuestra época tantea su nueva realidad ante lo que intuye como un desorden radical, como una transformación tan profunda que quizá solo en los inicios haya enfrentado la especie humana. Estos cambios tienen un carácter espectacular en el campo del conocimiento en el cual, paradójicamente, están surgiendo cuestionamientos a las estructuras tradicionales de la razón y del saber. Hoy se habla con cierta naturalidad del fin de las certidumbres, tal parece, la ambigüedad ha invadido la estructura de los referentes humanos. Aquello que tenía la imagen de ser cierto e inmovible, hoy ha sido puesto en duda. Tal vez este sea un buen momento para reencontrarse con las fuentes míticas que estructuran la conciencia y el corazón humano para descubrir un nuevo ámbito de certezas.

El mito, nos dice Eliade, «cuenta una historia sagrada: relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los "comienzos"». Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los seres sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. Es, pues, siempre el relato de una 'creación': se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser»<sup>5</sup>.

Los mitos nos hablan de una actividad creadora y develadora y esto a su vez nos está hablando del hombre como tal, puesto que el hombre es un ser creador y develador, todos los actos creativos que el hombre fue produciendo a lo largo de la historia, ya sean en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en todos aquellos niveles a través de los cuales se manifiesta atestiguan este modo de ser humano. De la misma manera, a lo largo de su existencia el hombre fue arrojando luces, develando y comprendiendo los múltiples aspectos que conforman la vida. Actitudes que se continúan y se continuarán mientras el hombre exista. Eliade reafirma esto diciendo que, «Esta historia sagrada, primordial, obtenida al reunir todos los mitos significativos de una cultura, resulta fundamental porque explica, y al mismo tiempo justifica, la existencia del mundo, del hombre y de la sociedad»<sup>6</sup>.

Al hombre de este fin de siglo se le abren posibilidades insospechadas, pareciera que el llamado a la aventura en la vida de hoy cobra una fuerza inusitada. Los deseos y los sueños se enfrentan ante una nueva realidad sometida a la urgencia de los

<sup>5</sup> Mircea Eliade; *Mito y realidad*, Labor, Barcelona, 1983, p.12.

<sup>6</sup> Mircea Eliade; *La búsqueda*, La Aurora, Buenos.Aires., 1984, p.29.

cambios, a la rapidez de las comunicaciones, al achicamiento del mundo: tal vez haya que empezar por aceptar que, si bien hay otros conocimientos por adquirir, otras interrogaciones que formular, se debe partir no de lo que otros han sabido sino de lo que otros han ignorado.

Es en el terreno de lo simbólico que esta búsqueda de nuevos sentidos puede encontrar caminos alternativos. Los mitos los símbolos y las imágenes pueden establecer la reformulación de los códigos y encontrar aquellos terrenos fértiles donde una cultura se realimenta, y fundamentalmente, donde encuentra su identidad.

El hombre es capaz de producir símbolos y de esa manera comprender mejor la realidad que lo rodea y en la que está inmerso. Esto se relaciona directamente con la caracterización del mito como respuesta a las cuestiones más profundas que se plantea el hombre, porque como dice Lévi-Strauss, los mitos despiertan en el hombre pensamientos que le son desconocidos. El símbolo va a obrar como un rayo de luz que devela una realidad o una estructura del mundo que no es evidente ni aprehensible en el plano de la existencia fenoménica inmediata. Lo simbólico posee una desbordante riqueza de contenido y necesita ser interpretado, ya que le es propia la multivalencia y su capacidad de expresar simultáneamente muchas significaciones. Umberto Eco nos dice al respecto que: «Se considera que la cultura nace cuando el hombre elabora utensilios para dominar la naturaleza; pero se ha aventurado la hipótesis de que el utensilio como tal solamente aparece cuando se ha instaurado la actividad simbólica, o lo que es igual, que señala la instauración de esa actividad»<sup>7</sup>.

Eliade, a su vez, cala más hondo cuando nos dice que: «Un símbolo se refiere siempre a una realidad o a una institución que compromete la existencia humana. Esta dimensión existencial es la que distingue y separa primordialmente los símbolos de los conceptos. Los símbolos se mantienen todavía en contacto con las fuentes profundas de la vida; se puede decir que expresan lo “espiritual vivido” [...] Ellos ponen de manifiesto que las modalidades del espíritu son, al mismo tiempo, manifestaciones de la vida y, en consecuencia, que comprometen directamente la existencia humana»<sup>8</sup>.

Lo simbólico, entonces, devela una estructura del mundo, una dimensión de la existencia que se manifiesta como significativa y donde una cultura elabora sentidos con los cuales identificarse y al mismo tiempo diferenciarse de otras. A través de la comprensión del símbolo el hombre puede abrirse a sí mismo y también al mundo, es decir que puede salir de su situación particular y acceder así a una comprensión de la realidad mucho más abarcativa y trascendente.

No podemos pensar en el hombre, hacedor de cultura, desconociendo esta tierra fértil donde hunde sus pies. Este suelo posibilita contar con un sentimiento de unidad con todo lo que lo rodea y de alguna manera experimentar una cierta seguridad respecto a su vida y a lo que puede esperar de ella. Por lo visto, podemos decir que el mito y el símbolo hacen a la condición humana, aún más, el carácter mítico se devela como signo de la condición humana.

Hoy, podemos advertir la presencia de lo mítico en las diferentes actividades

<sup>7</sup> Umberto Eco; *Signo*, Labor, Barcelona, 1976, p.108.

<sup>8</sup> Mircea Eliade; *Mefistófeles y el andrógino*, Labor, Barcelona, 1984.

humanas. Observamos su presencia, por ejemplo, en la ciencia con la noción de paradigma, de modelo. Labourdette, refiriéndose a Kuhn, alude a paradigma como la única manera de hacer ciencia, significando paradigma “modelo o patrón aceptado”. «El hombre que adopta un nuevo paradigma en una de sus primeras etapas, con frecuencia deberá hacerlo, a pesar de las pruebas proporcionadas por la resolución de problemas. O sea, deberá tener fe en que el nuevo paradigma tendrá éxito al enfrentarse a los muchos problemas que se presentan en su camino, sabiendo sólo que el paradigma antiguo ha fallado en algunos casos [...] Una decisión de esta índole sólo puede tomarse con base en la fe»<sup>9</sup>.

Por lo tanto, la “ciencia normal” en Kuhn se encuentra basada en un paradigma, este hecho se relaciona con los arquetipos en el terreno mítico y con la necesidad que tiene el hombre de imitar modelos y de contar con modelos que expliquen y den razón de las cosas que ocurren a su alrededor.

Con respecto a la presencia del mito en la política la podemos notar en diversos aspectos, uno de ellos está en relación a la noción de líder; «el líder ejerce una seducción, inspira confianza y se permite un estilo en la adopción de decisiones. La presencia del líder es cuasi “sagrada”, así como su porte, su imagen y sus palabras»<sup>10</sup>.

La pervivencia del mito en la actualidad se da en todos los planos de la actividad humana con fuerza renovadora y creciente. El mito como una forma de ser del hombre y por tanto como una de las maneras en que se produce la cultura, no significa una actitud caprichosa ni una producción azarosa, sino que el mito pone de manifiesto las fibras más profundas de la que está constituido lo humano y la cultura de un pueblo. La cultura, desde sus albores, ha puesto en marcha el gran proceso de autodefinition del hombre. Por tanto, la dimensión mítica proporciona uno de los ámbitos fundamentales para que una cultura encuentre los núcleos significativos donde identificarse como tal.

La cultura actual presenta al hombre una realidad en la que se pueden observar profundos y constantes cambios; el carácter vertiginoso de éstos generan situaciones que implican desasosiego y al mismo tiempo constituyen un gran desafío para cada individuo y para la sociedad en su conjunto. Desafío en el campo de los saberes, no sólo por la acumulación de nueva información sino por el cuestionamiento de las premisas que acompañaron el pensamiento. Desafío en el ámbito político, ante la dimensión de la crisis en los países, por el crecimiento de la desocupación, el hambre y la pobreza. Desafío en la propuesta económica, para no dejar a la mayoría de los habitantes del mundo al margen de una vida digna. Desafío en el campo de lo ético, por la quiebra de los valores tradicionales en cada grupo humano y la imperiosa necesidad de encontrar nuevos cánones y paradigmas que legitimen la conducta social.

Es momento ya de mirar con mayor atención y hondura este suelo fértil y nutricional de lo mítico-simbólico que permite identificarnos como sociedad y como hombres, para así reconocer y reelaborar los fundamentos de nuestra historia y de nuestra cultura.

---

<sup>9</sup> Sergio Labourdette; *Mito y política*, Troquel, Buenos.Aires., 1987, p. 53.

<sup>10</sup> S. Labourdette; Op. Cit., p. 138.